

precisamente éstas son las que no tienen influencia directa sobre la vida, las que apenas han entrado en la conciencia general; en cuanto el dogma toca á la vida, se modifica como todo lo que á la vida se refiere. Nada lo prueba mejor que los esfuerzos de los teólogos para conservar sus antiguas fórmulas; á cada instante se ven precisados á darles un nuevo sentido; de aquí esas transacciones con las ideas generales que hacen que el terrible dogma del pecado original se haya suavizado hasta el punto de que costaría trabajo á San Agustín el reconocerle. Cuando se trata de la vida misma, del destino del hombre, la pretensión á la inmutabilidad se sostiene peor todavía. El espíritu de la sociedad se modifica incesantemente; cambiando la vida, el concepto de la vida debe cambiar necesariamente. Sin embargo, el concepto del destino humano es la expresión de una creencia religiosa; cuando se modifica, bien puede decirse que la creencia se modifica igualmente. El cristianismo no puede librarse de una ley que es universal, que es divina, puesto que emana de Dios.

Los católicos han conservado los monasterios; pero la idea que animaba al monaquismo ha sido sustituida aún en el seno del catolicismo por un concepto de la vida que es completamente lo opuesto al ideal cristiano. ¿Cuál es el sentimiento que inspira al cristianismo primitivo? El desprecio del mundo, el deseo ardiente de la muerte que debe conducir á la verdadera vida; de aquí la exaltación de la virginidad, de aquí el desprecio de los bienes materiales y la reprobación de la propiedad. Tales fueron las creencias que llevaron á los desiertos y á los conventos á millares de fieles. ¿Dónde está hoy el desprecio del mundo y de las riquezas en el seno de la sociedad católica, aún entre aquellos que se llaman los elegidos del Señor? ¿Qué ha sido del horror á la propiedad? Digamos con Gregorio el Grande que los que buscan con tal codicia el aumentar sus riquezas, deben preocuparse muy poco de las alegrías del otro mundo (1). Preciso es, pues, convenir en que el catolicismo, aún conservando sus monasterios como momias, legados de un pasado glorioso, ha desechado el espiritua-

(1) GREGOR., *Moralia in Job* (Op., t. II, p. 103): « Qui hinc multiplicandis divitiis inhiant, quæ alterius vitæ gaudia sperant? »

lismo excesivo que le dió nacimiento. Ahora bien, al repudiar el concepto de la vida que se deduce de los consejos evangélicos, ha repudiado implícitamente el cristianismo primitivo. La religión ha dejado, virtualmente, de ser una religión del otro mundo; luego el cristianismo ha dejado de ser lo que era. De aquí la dificultad de sus defensores, las contradicciones en que se hallan comprometidos, las concesiones que se ven obligados á hacer á fin de conciliar lo que es inconciliable, un dogma que desprecia, que destruye la vida, y la tendencia natural de la humanidad que acepta la vida y se aferra á ella.

Estas transacciones son insuficientes; no conviene á la humanidad un dogma que contraría sus tendencias, y que es incompatible con sus necesidades; necesita un dogma que santifique la vida tal cual Dios la ha hecho. La religión del otro mundo debe dejar paso á la religión de la vida una, progresiva, infinita. Esta es la obra del porvenir; no hará más que consagrar el movimiento que desde ahora se manifiesta con una fuerza irresistible. El espiritualismo cristiano y el dualismo de los clérigos y de los laicos han dado origen á la Iglesia, considerada como poder espiritual, poder que domina al Estado del mismo modo que el alma domina al cuerpo. Pero, si el dualismo de la vida religiosa y de la vida laica es falso, el fundamento sobre que reposa el pretendido poder de la Iglesia se derrumba. La vida laica es tan santa como la vida de los clérigos; luego la sociedad laica no está subordinada á la Iglesia; tiene su legitimidad en sí misma, lo cual justifica la emancipación del Estado y lleva consigo su completa secularización. En vano reclama la Iglesia su supremacía espiritual; hace ya siglos que esta supremacía se cae á pedazos. La marcha de la humanidad, tal cual se manifiesta por la historia, nos revela los designios de Dios.

§ II. — El monaquismo.

N.º 1. — *El Ideal.*

I. — ¿Qué es el monaquismo?

La cuestión que planteamos parecerá extraña á más de un lector. El monaquismo tiene una existencia secular; todavía vemos sus

restos; los partidarios del pasado esperan que renacerá con su antiguo esplendor, ¿y nosotros preguntamos en el siglo XIX qué es el monaquismo? Sin embargo, la cuestión es seria, y recibe soluciones diversas. ¿No es esto por sí solo una prueba de que se trata de una institución muerta que pertenece á la historia? ¿Se hubiera preguntado en el siglo de San Bernardo y de San Francisco qué es la vida monástica? Es como si se hubiera preguntado en el siglo XII qué era el feudalismo. El monaquismo ha llegado á ser extraño á nuestras costumbres y á nuestras ideas; hé aquí por qué nosotros no lo comprendemos; nosotros le buscamos razones de ser que estén en relación con nuestro estado social, sin pensar en que por esto mismo no están en armonía con el tiempo en que florecieron los monasterios.

La Reforma fué una viva reacción contra el monaquismo, por más que pretendiese volver á la doctrina primitiva del cristianismo; debió, pues, ver en las órdenes monásticas una alteración de la verdad cristiana. Como los monjes se proponían realizar el ideal de la concepción católica, los protestantes les imputaron todo lo que les chocaba en el catolicismo. El dogma de la gracia había sido sustituido por la práctica de las obras; los innumerables monasterios que cubrían la Europa eran otros tantos lugares en los que millares de cristianos pasaban su vida en las mortificaciones de la carne. Ahora bien, la Reforma condenaba la doctrina de las obras como infectada de pelagianismo. De aquí que los protestantes se vieron inclinados á buscar el fundamento religioso del monaquismo en las tendencias pelagianas. No podemos participar de esta opinión. El monaquismo estaba en su apogeo cuando Pelagio exaltó la libertad hasta el punto de comprometer la gracia; los monjes de la Tebaida no eran pelagianos. En el siglo XVII, el principio de la libertad humana, tan odioso á los reformados, halló definitivamente cabida en la conciencia general; encontró ardientes adversarios entre los escasos partidarios de San Agustín. ¿Se vió entonces á los sectarios de la gracia abandonar los conventos y á los que creían en el mérito de las obras dejar el mundo? Se vió todo lo contrario. Los Jansenistas, los hombres de Port-Royal, tan apasionados por la gracia, se retiraron á las solitudes; bajo su inspiración hubo un renacimiento de la vida re-

ligiosa, comparable por el ardor y la santidad á los buenos tiempos de San Benito y de San Bernardo. Si los protestantes no imitaron á los solitarios de Port-Royal, es una inconsecuencia más que añadir á los que hay razón para echarles en cara. En efecto, la vida monástica tiene sus raíces, no en los errores de Pelagio, sino en las profundidades del espiritualismo cristiano. Esto no es una hipótesis; dejamos hablar á los que han practicado la vida monástica en la Edad Media; los San Damian, los San Anselmo, los San Bernardo, los San Francisco, aquellos héroes de la vida religiosa, nos dirán cuales eran los sentimientos que les inspiraban.

El espiritualismo cristiano se deduce de la idea que la teología se forma de la vida y del mundo. Enseña que el diablo es el príncipe del mundo; pues bien, todo hombre promete en el sacramento del bautismo renunciar al diablo, y por esto mismo renuncia al mundo; porque, dice un monje del siglo XII, ¿qué son las cosas del mundo y sus pompas, más que cosas y pompas del diablo? (1). El desprecio del mundo no es, pues, una ley particular del monaquismo: «Los laicos, dice Gerhoh, están obligados á él lo mismo que los clérigos, por la razón de que el mundo entero es el dominio de Satanás» (2). Si el mundo es el imperio del mal, es claro que todo cristiano debe huir del mundo. San Buenaventura (3) es quien saca esta consecuencia, y es irrefragable. ¿Cómo ha de librarse del demonio el que se queda en medio de sus tentaciones? Es como si un hombre por salvar su vida resolviese desafiar las tormentas y las tempestades. Es preciso buscar un abrigo contra el huracán. El monasterio es este refugio: «Felices, exclama San Damian (4), felices los elegidos á quienes Dios salva entre el gran número de los que perecen; al recibirlos en su arca santa, Jesucristo arranca á los monjes del demonio, como el pastor arranca á algunos corderos de los dientes de un fiero.»

(1) JOHANNIS, *Cartusiae Portuarum, Epist.* (siglo XII, *Bibliotheca Maxima Patrum*, t. XXIV, p. 1508).

(2) GERHOB, *de edificio Dei*, c. 43 (siglo XII) en PEZ, *Thesaurus anecdotorum*, t. II, P. 2.^a, p. 390.

(3) S. BONAVENTURA, *Sermo de Sanctis* (Op., t. III, p. 222).

(4) S. DAMIANI, *De bono religiosi status*, c. 1, 2 (Op., t. III, p. 350).

Hé aquí la teoría del monaquismo: es la doctrina de los más grandes pensadores, de las más bellas almas que han brillado en la noche de la Edad Media. Escuchemos primeramente á *San Anselmo*. Confiesa que en rigor es posible la salvación en el mundo; pero ¿quién tiene más probabilidades de salvarse, los que se imponen la misión de amar á Dios solamente, ó los que quieren unir el amor de Dios y el amor del siglo? En vano se dice que la vida monástica tiene también sus escollos: ¿porque haya escollos en todas partes hemos de escoger el camino más peligroso? (1). ¿Qué diferencia entre el mundo y el monasterio! Es la diferencia entre el imperio del mundo y el reino celestial. *Anselmo* escribe á un monje que Dios, al inspirarle el gusto por la vida monástica, le ha conducido por el camino del paraíso, por mejor decir, al paraíso mismo (2). El santo abad pide, suplica á las personas á quienes ama, que dejen el mundo por el claustro. En la época en que vivía, un noble ardor arrastraba á millares de fieles á los campos de batalla de la Tierra Santa. Era ésta una aspiración consagrada por la voz de Dios. ¿No iban los cruzados á liberar el sepulcro de Cristo? ¿No obedecían al llamamiento de su Vicario? ¿No era la guerra sagrada un medio de alcanzar la remisión de los pecados? Sin embargo, *San Anselmo* emplea toda su elocuencia para apartar de la cruzada á un amigo querido; le ruega, le conjura, le manda que renuncie á la Jerusalén terrestre para no pensar más que en la Jerusalén celeste: en el monasterio hallará lo que en vano busca en las demás partes, la salvación eterna (3).

San Bernardo es todavía más entusiasta de la vida monástica. No solamente desprecia el mundo, lo odia, lo maldice, porque todos aquellos que sienten inclinación hacia él se hacen enemigos de Dios (4). Cuando en virtud de sus apremiantes exhortaciones ha ganado alguna alma para el monasterio, hay que oír sus gritos de alegría mezclados con el anatema que lanza al siglo; es como si se abriese el paraíso enfrente de los abismos del infierno. «Los cielos

(1) S. ANSELMI *Epist.* II, 29 (*Op.*, p. 352).

(2) S. ANSELMI *Epist.* III, 137, p. 415.

(3) S. ANSELMI *Epist.* II, 19, p. 347.

(4) S. BERNARDI *Epist.* 107.

se regocijan, la tierra se conmueve, toda lengua glorifica á Dios por vuestra conversión. Es que Jesucristo os llama hacia sí, porque os ama como á sus entrañas, como el fruto más precioso de su cruz, como la recompensa más digna de su sacrificio» (1). Sin embargo, aún en medio del mayor fervor del monaquismo, la naturaleza se sublevaba, el vínculo de la sangre luchaba contra una vida que no conoce ya ninguna afección humana. *San Bernardo* persigue con sus invectivas á los que se atreven á separar á un cristiano del claustro; los compara con la serpiente que sedujo á Eva: «¿No basta el diablo para perder á los hombres? ¿Necesita que los discípulos de Cristo vengan en su ayuda? Llorar porque un niño entra en un convento, es llorar porque de hijo de Satanás se ha hecho hijo de Dios: es una locura, es una crueldad, es un crimen!» (2). Citemos también la carta insensata que *San Bernardo* escribe en nombre de un novicio á los padres que se oponían á sus deseos: «Vosotros no sois mis padres, sois mis enemigos.... ¿Qué os debo más que pecado y miseria?... No basta, desdichados, que hayais traído un desdichado más á esta vida de desdicha; no os basta, pecadores, haber engendrado un pecador en el pecado; me envidiais la gracia divina que me salva de la muerte, y queréis hacerme hijo del infierno» (3). A pesar de su autoridad, á pesar de su elocuencia, *San Bernardo* no siempre conseguía vencer la oposición de un padre ó de una madre: entonces una santa cólera le anima; creíasele el juez eterno que fulmina sus rayos contra los culpables. Escribe á un joven que había abandonado el monasterio á instancias de sus allegados: «Dios te había llamado á sí, y tú le abandonas por seguir al diablo. Tus padres te arrojan á la boca del león, te sumergen en los antros de la muerte; los demonios te esperan, están prontos á coger su presa» (4).

¿Se nos censurará por apoyarnos en las exageraciones de un hombre á quien su viva imaginación arrastró casi hasta el escollo del misticismo? Contestaremos que *San Bernardo* está completa-

(1) S. BERNARDI *Epist.* 109.

(2) *Id.* *Epist.* 292, 322.

(3) *Id.* *Epist.* 111.

(4) *Id.* *Epist.* 112.

mente conforme con *Anselmo*, y Anselmo es más bien un metafísico que un místico. Citarémos además las palabras de *San Buenaventura*; resume en términos tranquilos y moderados la doctrina que conduce á la vida monástica: «Se debe despreciar al mundo, primeramente por las angustias que proporcionan la ambición, los honores y las riquezas; y además porque por amar los bienes terrenos se abandonan los eternos. La felicidad de este mundo no es, después de todo, más que vanidad; la gloria pasa, y no quedan más que gusanos y cenizas. La vida de este mundo es una perpétua tentación; nadie, ó al menos muy pocos fieles, se convierten en ella. Es difícil salvarse en el mundo. Apresuraos, pues, á abandonarlo y á retiraros á las *ciudades de refugio*, los monasterios, para hacer en ellos penitencia de lo pasado y hacer os dignos de la gloria futura» (1).

II.—El Monaquismo en la Edad Media.

En vista de la repulsión que la humanidad experimenta hacia el monaquismo, los partidarios del pasado no se atreven ya á glorificarlo como el ideal de la vida cristiana; no quieren admitir que esta institución se identifica de tal modo con el cristianismo histórico, que es su verdadera expresión. Estas transacciones con el espíritu del siglo no prueban más que una cosa, las dificultades de los que quisieran resucitar la religión de la Edad Media y temen mostrarla tal cual era. Pero en vano se niega la evidencia; no se trata aquí de una apreciación sobre la cual pueden diferir las opiniones; trátase de hechos que todas las sutilezas del mundo no son capaces de borrar.

La Edad Media no ocultaba sus sentimientos; consideraba el monaquismo como el ideal de la vida cristiana. Sabido es que el bautismo es el más indispensable de los sacramentos, porque nos arranca del imperio del demonio y nos hace ciudadanos del reino de Dios. Pues bien todos los doctores asimilan la profesión re-

(1) S. BONAVENTURA, *De contemptu mundi* (Op., t. VII, p. 95).

ligiosa á un segundo bautismo (1). No se diga que esta comparación es una fútil gloria de monje que nada tiene de común con la doctrina, porque la idea primera se remonta á un Padre de la Iglesia (2), y arranca de las entrañas mismas del cristianismo. Si el mundo está entregado á Satanás, los que lo abandonan ¿no están en la condición del niño que recibe el bautismo? Uno y otro renuncian al diablo; no hay más que una diferencia, y ésta está en favor del monje; en el niño la renuncia es una promesa; el monje la realiza; de miembro del diablo se convierte en miembro de Jesucristo. Desde este renacimiento participa de la vida angélica, dice *San Bernardo* (3). Esto, repetimos, no es una exageración de *San Bernardo*; el abad del Claraval no hace más que repetir lo que decían los Basilio, los Gregorios, los Crisóstomos, y lo que un concilio del siglo XI ha consagrado con su autoridad. El sínodo de Nimes dice que los monjes son semejantes á los ángeles, puesto que anuncian las órdenes de Dios, que hasta ocupan una categoría más elevada en la jerarquía celeste, que se parecen á los *serafines*, cuyas seis alas representa su hábito, dos por la capucha, dos por las mangas y dos por el cuerpo (4).

Ser un ángel sobre esta tierra; hé aquí una condición bastante regular; sin embargo no bastó á la ambición de los monjes; tuvieron la pretensión de unirse con Dios, de no constituir más que uno con él. Esta singular doctrina se halla expuesta en un tratado de la *Vida solitaria*, por *Guillermo, abad de San Thierry* (5). El amigo de *San Bernardo* empieza por comparar las celdas de los monjes y el cielo: las palabras tienen alguna semejanza en la-

(1) DAMIANI, *De perfectione monachorum*, c. 6 (Op. t. III, p. 127).—S. BERNARDI, *Liber de precepto et dispensatione*, c. 17, p. 520.—HUGO (arzobispo de Rouen), *Dialogor. VI* (MARTENE, *Thesaurus anecdotorum*, t. V, p. 971).—GAUFREDI abbatis, *Serm. XI* (*Bibliotheca Maxima Patrum*, t. XXI, p. 83).

(2) SAN JERÓNIMO llama al ingreso en la vida monástica «secundo quodammodo propositi se baptismum lavare.» (Epist. 22, ad Paulam.)

(3) S. BERNARDI *Serm. de diversis*, 37, 5, p. 1161, et passim.

(4) *Concilio de Nimes*, celebrado por el papa Urbano II, en 1096, c. 2, 3 (MANSI, t. XX, p. 934).

(5) El tratado se halla en el t. II de las *Obras de San Bernardo*, p. 195-233 (edic. de los Benedictinos).

tin, y si hemos de creer á nuestro abad, la vida del paraíso y la de los monasterios es idéntica. En efecto, ¿qué hacen los santos y los monjes? Unos y otros se ocupan de Dios y gozan de Dios. El monje perfecto, el monje espiritual se hace semejante á Dios, uno con Dios: «No solamente quiere lo que Dios quiere, sino que no puede querer nada más que lo que Dios quiere. Querer lo que Dios quiere, es ya ser semejante á Dios; no poder querer más que lo que Dios quiere, es ser lo que Dios es, porque para él querer y ser es la misma cosa.»

Esta exaltacion de la vida monástica raya en sacrilegio, pero caracteriza bien las ideas cristianas. Dejando á un lado los excesos ridículos ó impíos, siempre resulta que el monaquismo era el ideal de la vida en la Edad Media. Esto es tan cierto que absorbió el cristianismo, y fué la *religion* por excelencia. Los Padres de la Iglesia llamaban al monaquismo *filosofía cristiana*, y á los monjes los filósofos del cristianismo. Esta comparacion, ya bastante ambiciosa, no correspondió á la elevada idea que la Edad Media tenía de la vida monástica. En efecto, los filósofos se limitaban á buscar la sabiduría, á aspirar á la perfeccion, al paso que los monjes realizaban la vida perfecta tal y como el cristianismo la concebía; de aquí el nombre de *religion* dado al monaquismo y el de *religiosos* dado á los monjes. Nos falta ver cuál era ese ideal de la vida cristiana, del que se hacía una existencia angélica y casi divina.

III.—El ideal de la vida monástica.

El monaquismo es el ideal de la vida cristiana; si este ideal es la expresion de la verdad, todas las censuras que los protestantes y los filósofos dirigen á los monjes son falsas; importa poco que su existencia haya pasado en la ociosidad y el desorden; aun cuando fuese cierto todo lo que se les imputa, todo ello no probaria más que una cosa, y es que el ideal es difícil de alcanzar, y que el realizarlo de un modo completo será siempre imposible para un sér imperfecto; pero esto no impediria que este ideal siguiese siendo el fin de nuestra vida, y que estuviésemos obligados á hacer esfuerzos incesantes para aproximarnos á él en el li-

mite de nuestra debilidad. Si, por el contrario, el ideal es falso, en ese caso los vicios de los monjes prueban contra la institucion misma en el sentido de que son su consecuencia inevitable; los vicios y la institucion se confunden; el monaquismo debe ser rechazado porque es vicioso en su esencia. Importa, pues, considerar el ideal en sí mismo, haciendo abstraccion de la realidad. No es en el abuso, no es en la corrupcion de la vida monástica donde deben buscarse las armas para combatir la doctrina cristiana, sino en el ideal mismo, tal cual los santos lo han concebido y practicado.

Separemos, ante todo, un concepto del monaquismo que no tiene nada de comun con el ideal cristiano. Desde que la vida monástica ha sido rechazada por la conciencia general, se ha tratado de buscarle títulos á la estimacion de la humanidad. Los monjes, dicen con orgullo los partidarios de lo pasado, son los que han desmontado la Europa, los monjes son los que han arrojado la semilla de la civilizacion cuyos frutos recogemos nosotros; no seamos ingratos repudiando á nuestros bienhechores. Los historiadores filósofos abundan en este elogio; nosotros mismos hemos celebrado la influencia civilizadora ejercida por los monjes de Occidente. ¿Pero estos beneficios deben atribuirse al monaquismo como institucion cristiana? Los fundadores de las órdenes religiosas y todos aquellos que las han ilustrado con sus virtudes, se hubieran ruborizado con los elogios que les prodiga un siglo incrédulo. ¿Se les glorifica porque han desmontado los bosques y las selvas! Los San Benitos y los San Bernardos, ¿se proponian, por ventura, una obra material? ¿Pensaban los monjes en ser las avanzadas de la civilizacion? Dejemos esta gloria á los americanos; hacer de esto un título de honor para los discípulos de Cristo, es rebajar á hombres que, léjos de pensar en crear nuevas fuentes de riqueza, huian de la materia y la temian como dominio de Satanás. No eran ciudadanos de este mundo, sino ciudadanos de la Jerusalén celeste; no pensaban en dar un nuevo aspecto á la tierra, sino en vivir en ella la vida de los ángeles. Si aun trabajando por su salvacion han cultivado el suelo, este trabajo se debe á las tendencias de las poblaciones occidentales y no al genio de las órdenes monásticas. La raza europea, y sobre todo la raza ger-

mánica, ha modificado el espíritu del monaquismo; las avanzadas de la civilización en la Edad Media han sido los Bárbaros y no los cristianos. El verdadero monaquismo no conduce á la acción, sino á la contemplación; Simeon Estilita, inmóvil sobre su columna, es el ideal del monje, no el religioso que desmonta bosques ó el benedictino que pasa su vida en trabajos científicos.

La ciencia era ménos aún que la agricultura el objeto del monaquismo. El trabajo corporal es un instrumento de perfeccionamiento moral; por esto es por lo que los fundadores de las órdenes monásticas lo mandaron á los monjes. Pero la ciencia era mirada con desden, ¿qué digo? pasaba casi por ser obra del enemigo del género humano. Los hombres que más han exaltado la vida monástica en la Edad Media nos dirán si el monaquismo se ha propuesto una misión intelectual. *San Damian* ha escrito un opúsculo acerca de la sencillez de espíritu opuesto á la hinchazón de la ciencia (1); en él se esfuerza en probar cuán pernicioso es el amor de la ciencia: «Dios ha hecho predicar su ley por simples de espíritu y no por sabios. *San Benito* no brillaba por su ciencia; *San Antonio* dejó á *Platon* para contentarse con el Evangelio; ¿de qué sirve la ciencia á los cristianos? ¿Se enciende alguna luz para ver el sol? Dejemos la ciencia á los *Julianos* apóstatas. *San Juan* prescindió de ella, *San Gregorio* la despreció, *San Jerónimo* se la echó en cara á sí mismo como un crimen.» Las antipatías de *San Damian* eran tales, que la presencia de monjes instruidos le daba ataques de cólera: «Abandonan, dice, los ejercicios espirituales para aprender las tonterías de la ciencia terrena. ¿No es esto abandonar una casta esposa para mezclarse con las prostitutas del teatro?» (2).

San Bernardo vivió cerca de un ilustre filósofo; ¿sublevó el orgullo de *Abelardo* su humildad cristiana, ó excitó en él sentimientos ménos laudables la inmensa popularidad de su adversario? Lo cierto es que prodiga el desprecio á los sabios y á la ciencia: «Ellos se llaman filósofos, dice; nosotros tenemos más razón para llamarles curiosos y vanos. La ciencia del siglo embriaga pero no de

(1) S. DAMIANI, *Op.*, t. III, p. 316.

(2) S. DAMIANI, *De perfectione monachorum*, c. 11 (*Op.*, t. III, p. 130).

caridad; llena, pero no alimenta; hincha, pero no edifica; obstruye, pero no fortifica» (1). El amigo de *San Bernardo*, *Pedro el Venerable*, espíritu más vulgar, pero profundamente religioso, nos enseñará cuáles eran las ideas dominantes en el monaquismo sobre la cultura de las letras. Escribe á un clérigo que enseñaba las ciencias escolásticas: «Yo me lamento de verte entregado á un trabajo tenaz, sin que puedas esperar recompensa alguna. ¿No es la felicidad el fin de la filosofía? ¿Y puede decirse que filosofa aquél que dirige todos sus esfuerzos á alcanzar, no la felicidad eterna, sino la muerte eterna? Los antiguos han brillado en la literatura, las ciencias y las artes; ¿de qué les ha servido esta cultura? Cuando la verdad se ha hecho carne, ha rechazado su ciencia; el Hijo de Dios ha glorificado, no á los sabios, sino á los simples de espíritu; á éstos les ha prometido el reino de los cielos. ¿Cuando el Verbo divino ha hablado, calle la presunción humana! ¿Cuando la luz ha aparecido, ocúltese el error! ¿No ha declarado el Apóstol que toda sabiduría humana es una locura?» (2).

Tal era el espíritu de las órdenes monásticas en el siglo XII: era un espíritu cristiano, y por lo mismo no era científico. En el siglo XIII aparecieron las órdenes mendicantes; desempeñaron un gran papel en la escolástica, pero, preciso es decirlo, se mostraron en esto infieles á la voluntad de su fundador. Oigamos á *San Francisco*; su lenguaje es el de *Pedro el Venerable*: «Hay muchos hermanos que ponen todo su cuidado en adquirir ciencia; olvidando su vocación, se apartan del santo camino de la humildad. Los hermanos que se ven conducidos á la ciencia por la curiosidad, hallarán sus manos vacías en el día del juicio. Por tanto, yo preferiría que se fortaleciesen por el ejercicio de las virtudes, á fin de que, cuando lleguen las tribulaciones, hallen al Señor con ellos. Porque este día llegará, y entonces los libros serán inútiles y no servirán más que para ser arrojados al fuego. Leed en el libro de la Cruz. No os abandonéis á la vana ciencia del mundo» (3). La

(1) S. BERNARDI, *in Festo Pentecostes*, *Serm. III*, núm. 3, p. 934; *in Cantica*, *Serm. IX*, núm. 7, p. 1290.

(2) PETRI VENERABILIS *Epist.* I, 9 (*Bibliotheca Maxima Patrum*, t. XXII, p. 830).

(3) S. FRANCISCI *Collat.* XV y XVI (*Op.*, p. 116 y sig.).

curiosidad en el lenguaje monástico, es el amor de la ciencia, esta noble pasión sin la cual el hombre apenas se elevaría sobre los brutos. Lo que condena, pues, el monaquismo es el principio mismo del progreso intelectual. Hay monjes que se cuentan entre los filósofos, y sin embargo, temen y desprecian la ciencia. *Hugo de Saint Victor*, en su tratado de la *Vanidad del Mundo* (1) dice que toda ciencia es vana, excepto la teología. No se limita al lugar común de la vanidad; encuentra la ciencia tan peligrosa, que ve en ella, por decirlo así, una tentación diabólica; es preciso guardarse de ella, dice, para no pensar más que en la salvación. «¿Qué es la vida del hombre más que un viaje a caseros, somos pasajeros, y vemos el mundo como de pasada. ¿Es una raza nos dirán tras de ellas y para separarnos de él? Pues sin embargo. *San Lo* que hacen los hombres que se dedican a la ciencia; viajeros imprudentes, olvidan el objeto de su viaje, no se dirigen hacia su patria.» *Hugo de Saint Victor* acaba por decir que los hombres de estudio son los más miserables de los mortales. ¿Se dirá después de esto que los monjes se hayan propuesto por misión el cultivo de la ciencia?

Dejemos a un lado estas apreciaciones del monaquismo que nada tienen de común con la institución monástica. Nosotros buscamos una explicación de la existencia anómala de los monjes, que esté en armonía con nuestra pasión, por el movimiento físico e intelectual, porque no comprendemos ya la vida ni los sentimientos que les hacían buscar la soledad de los claustros. Los monjes no iban al convento por satisfacer una necesidad de actividad; se proponían por el contrario huir de la vida y todas sus manifestaciones. Abandonaban el mundo para entregarse por completo a Dios. Hé aquí su objeto. ¿Cómo lo alcanzaban, ó al menos cómo pensaban alcanzarlo?

La gran ocupación de los santos en la Edad Media es luchar contra el cuerpo; esto es, contra la naturaleza, tal cual Dios la ha hecho. A los ojos de los cristianos, la naturaleza ha sido viciada por el pecado original; el cuerpo ha llegado a ser el centro de la concupiscencia; el espíritu del mal se ha establecido en él en

(1) HUGONIS DE SANCTO VICTORE, *Op.*, t. II, p. 174.

cierto modo definitivamente; el diablo nos tienta por medio de la carne; es preciso, pues, combatirlo en la carne y sus seducciones. Hé aquí por qué los santos de la Tebaida trataban de libertar al alma matando el cuerpo a fuerza de abstinencias. Los santos de la Edad Media sienten hacia el cuerpo el mismo odio que los Antonios y los Macarios. *Pascal* dice que la enfermedad es el estado natural del cristiano. ¿Es ésta una de esas exageraciones que agradan al genio sombrío de un hombre enfermo? No; el pensamiento de *Pascal* es cristiano, es monástico. *San Bernardo* es de la misma opinión, y no hace más que desarrollar la opinión de *San Ambrosio* (1), cuando exclama con el Evangelista: «*Aquel que quiera salvar su alma la perderá*. Hipócrates enseña a salvar el cuerpo; Jesucristo enseña a perderle. ¿Cuál de los dos tomaréis por guía?... Yo oigo decir: esto es perjudicial al estómago; esto otro al pecho. ¿Habeis leído estas cosas en el Evangelio ó en los Profetas? La carne es quien ha revelado esta sabiduría, no el espíritu divino. Cuiden los rebaños de Epicuro de sus cuerpos; nuestro Maestro enseña el desprecio de la salud.» *San Bernardo* escribe a unos monjes que habitaban en una comarca malsana, que no es propio de los religiosos el recurrir a médicos y tomar medicamentos, que se deben dejar semejantes delicadezas para los infieles (2).

Sin embargo, los monjes de Occidente no alcanzaron la perfección de los solitarios de la Tebaida; por más que querían despreciar la naturaleza, la naturaleza los dominaba a su pesar. La influencia del clima y de la raza era más poderosa que la voluntad del asceta; a pesar de sus esfuerzos, quedaba bien por bajo de aquellos héroes del desierto que no comían más que una vez por semana, ó que se mantenían inmóviles sobre una columna. Los monjes de la Edad Media se indemnizaron torturando su cuerpo. Hay muchos santos que se disputan el honor de haber establecido el uso de las flagelaciones, durante el siglo XI; *Baronio* se decide por *Damian*. El ilustre cardenal recomienda incesantemente el

(1) S. AMBROS., in *Psalmum* 118: «*Contraria studiosis divinæ cognitionis sunt præcepta medicinæ.*»

(2) S. BERNARDI *Sermo de Cant.* XXX, 10, p. 1378.—*Epist.* 345, p. 316.

uso de esta piadosa práctica; halló buena acogida hasta entre los laicos y las mujeres de elevada alcurnia (1). Tuvo, sin embargo, contradictores en el seno mismo del monaquismo. *Damian* los trata de maldicientes, de calumniadores, de ignorantes, de furiosos; uno de esos miserables, dice, murió de muerte repentina, «probablemente por haber prohibido á los monjes de Monte-Casino el disciplinarse» (2). Si por ventura algun lector del siglo XIX pensase que Dios no ha hecho al hombre para que se desgarré como un animal feroz, lo remitimos á *San Damian*; los tormentos que irritan y nos disgustan son para él el espectáculo más magnífico: «Los ángeles se regocijan de ello, y Dios se deleita» (3).

Se dirá que exhumamos á nuestro gusto, para convertirlos en ataques contra el monaquismo, los horrores que pertenecen á la Edad Media, esto es, á una edad de hierro: ¿por qué no dejar dormir estas excentricidades en la tumba de lo pasado? Un escritor católico responderá por nosotros, *J. B. Thiers*, uno de los teólogos más esclarecidos de su tiempo, y este tiempo era el de *Corneille*, de *Racine* y de *Moliere*, de *Bossuet* y de *Fenelon*. En los primeros años del siglo XVIII, *Boileau*, sacerdote y doctor de la Sorbona, publicó una historia de los flagelantes, en la que atacaba vivamente aquel tormento voluntario. *Thiers* trató de probar que las flagelaciones están fundadas en la tradición y la autoridad de la Iglesia. La demostración es completa. «Los flagelantes imitan á nuestro Señor Jesucristo, que fué azotado por orden de Pilatos; imitan á San Pablo y á Silas, que fueron azotados con varas por orden de los magistrados, y á los mártires que han sufrido la flagelación. Si la mano de los verdugos deja ahora de azotar á los confesores, ¿qué inconveniente hay en que se azote uno á sí mismo por un espíritu de piedad, á fin de participar de la gloria de los mártires? Pero la grande, la principal razón por la cual se acepta la disciplina, es á fin de mortificar la carne, de hacerla más sumisa al espíritu y el espíritu más sumiso á Dios y de ponerle más en estado de alabarle, de glorificarle, y de alcan-

(1) DAMIANI *Vita S. Romualdi*, c. 10 (t. II, p. 213).

(2) DAMIANI *Epist.* V, 8; VI, 27; *Opusc.* 43, 2.

(3) DAMIANI *De laude flagellorum*, c. 6 (*Op.*, t. III, p. 311).

zar de su misericordia el perdón de sus faltas.» En fin, fundándose en la regla de las religiosas de Nuestra Señora, *Thiers* nos enseña que la flagelación es un medio de hacer una buena elección (1). En este último punto la Iglesia ha abandonado su tradición; el jamón y la cerveza han reemplazado, al ménos en Bélgica, á las disciplinas y á las varas; hé aquí como todo cambia, aún en el seno de la Iglesia inmutable. Volvamos á la antigua tradición. La tortura del cuerpo no fué una exaltación pasajera como la locura de la secta de los disciplinantes; fué una institución aprobada por la Iglesia; casi todas las órdenes religiosas la adoptaron como práctica habitual y de rigor.

Azotar la carne y extenuar el cuerpo es en definitiva un suicidio lento (2); sin embargo, esta muerte voluntaria fué el ideal de los santos más grandes de la Edad Media. Las nuevas órdenes que nacieron en el siglo XIII quisieron oscurecer la gloria de los héroes del desierto. Por estas excesivas mortificaciones se atrevieron los discípulos de San Francisco á comparar al fundador de su religión con Jesucristo; San Buenaventura, en la vida de su maestro, no se cansa de admirar esta heroica destrucción de sí mismo. Apenas concedía al cuerpo lo necesario para su sostenimiento. La experiencia le habia enseñado que la austeridad de la vida aleja á los demonios, y que la molición los atrae. Una noche, contra su costumbre y á causa de una enfermedad, reclinó su cabeza sobre una almohada de plumas; el demonio entró allí, y no le dejó orar hasta el amanecer del día siguiente; entonces San Francisco llamó á un hermano y le hizo arrojar el demonio juntamente con la almohada fuera de la celda. En cuanto sentía una tentación de la carne se azotaba. «Hé aquí, mi hermano bestia, decía á su cuerpo, como es preciso tratarte.» Al fin de su vida, no era más que una llaga viva (3).

En la obra de *Thiers* pueden verse los nombres de los santos que han adquirido celebridad por los tormentos que se impusieron.

(1) THIERS, *Critica de la historia de los disciplinantes*, p. 147-163.

(2) GERSON lo confiesa, pero aprueba este suicidio lento: «*Est mala tentatio se velle occidere; sed bene potest quis abbreviare vitam suam per abstinentias discretas.*» (*Op.*, t. III, p. 1072.)

(3) S. BONAVENTURA, *Vita S. Francisci*, c. 4, 14.

Admiramos su heroísmo; pensamos como ellos que el espíritu debe dominar á la materia; pero no podemos creer que el cuerpo sea el enemigo del alma, y que sea preciso matar al uno para salvar la otra. Preferimos la doctrina de la Grecia: una alma bella en un cuerpo bello, el desenvolvimiento armónico de todas nuestras facultades. No es éste el espíritu del monaquismo ni del cristianismo. Los áscetas cristianos se atormentan para librar al alma de la influencia de la materia. Supongamos ya dominado el cuerpo; ¿qué hará el monje convertido ya en espíritu puro? La muerte física es la preparacion de la muerte moral. El religioso debe despreciarse á sí mismo y desear que los demas le desprecien: éste es el colmo de la santidad, dicen *San Gregorio el Grande* y *San Buenaventura*, pero pocos hombres llegan á esta altura (1). ¿En qué consiste, pues, este sublime ideal? El cenobita ha abandonado el mundo para librarse del yugo del demonio; queda libre; pero ¿á qué precio? A costa de una nueva servidumbre, que no por ser voluntaria es ménos degradante: «El monje, dice *San Buenaventura*, debe velar incesantemente por quebrantar su voluntad sometiendo á las órdenes de sus superiores» (2). Los santos llaman á este yugo la servidumbre de Dios; pero, en realidad, esta dulce servidumbre se traduce en amarga sujecion á la dominacion del hombre.

Hé aquí, pues, al monje anulado en su cuerpo y en su alma. Esta muerte durante la vida, á que han aspirado los *San Bernardo* y los *San Víctor*, no bastó á la ambicion del monaquismo. Quedaba á los monjes un lazo con el mundo, la propiedad comun; y basta dejar una puerta abierta al espíritu maligno para que invada al hombre entero. *San Francisco* quiso cerrar al diablo esta última entrada; la pobreza absoluta, la mendicidad, fué el ideal de la perfeccion cristiana (3). Esto era atacar á la sociedad, ¿qué digo? al hombre en lo que constituye su esencia, su individualidad. El ideal de *San Francisco* halló una violenta oposicion; *San Buenaventura* tomó su defensa: «La abdicacion de la propiedad,

(1) GREGORII *Dialog.* I, 5.—BONAVENTURA, *De perfectu religios.*, II, 33.

(2) S. BONAVENTURA, *Speculum disciplinæ*, c. 4 (t. VII, p. 533).

(3) S. BONAVENTURA, *Vita S. Francisci*, c. 7.

dice, es un regreso á la perfeccion del paraíso terrenal, porque sin el pecado no hubiera habido propiedad ni comun ni privada. Como consecuencia del pecado hay dos ciudades, la de Dios y la de Satanás; la avaricia es el fundamento de la ciudad del diablo; la pobreza absoluta destruye la avaricia en su origen; es, pues, el ideal de la perfeccion. La propiedad comun deja subsistir el germen de la avaricia; el peligro no desaparece más que rechazando toda propiedad» (1). Bajo este punto de vista, la vida monástica, á pesar de todas sus austeridades, era una desviacion de la verdadera perfeccion, era casi una existencia secular; era preciso volver al ejemplo de Jesucristo, porque «Jesucristo nació pobre, vivió pobre, murió pobre y dió á sus apóstoles como ley la pobreza» (2).

Llegamos al término de los esfuerzos hechos por el monaquismo para realizar el ideal de la perfeccion. Toda la institucion, hasta en sus extravíos, está consagrada por el nombre y la autoridad del Hijo de Dios. El celibato: Jesucristo era virgen. La humildad: tomó la forma de esclavo. La abdicacion de la voluntad: se sometió á las leyes humanas y á los tormentos que los hombres han inventado. La pobreza: no tenía techo bajo que descansar. Los consejos que Jesucristo dió á los que querían ser perfectos, llegaron á ser la Regla de las diversas órdenes monásticas; todos se propusieron seguirlos: hé aquí por qué calificaban la vida religiosa de estado de perfeccion. ¿Se quiere saber ahora adónde conducia esta existencia ideal? Al egoismo. No somos nosotros, son los santos, los doctores de la Edad Media los que lo dicen, y no para criticar el egoismo, sino para divinizarlo. *San Bernardo* dice en su tratado *del amor de Dios*, que el religioso «olvida todo lo que no es Dios, que no piensa más que en Dios, como si viviese sólo con Dios: él es mi amor, dice, y yo soy el suyo» (3). Esta conversacion solitaria con Dios, dice *Enrique de Gante*, supera con mucho á la caridad; nos aproxima bastante más á Jesucristo

(1) S. BONAVENTURA, *Expositio in regulam S. Francisci*, c. 1 (t. VII, p. 310).—*C. ib.*, c. 4, p. 317, et *Opuscul. de paupertate Christi contra magistrum Guilielmum* (t. VII, p. 359).

(2) S. BONAVENTURA, *Apologia pauperum* (t. VII, p. 402).

(3) S. BERNARDUS, *De amore Dei*, fine.